

# Liturgia del desamparo

PILAR SANABRIA

Presentación en Feria del Libro de Córdoba 2018

## Cosecha negra: libro de horas

FEDERICO ABAD

Ars Poetica. Oviedo, 2018. Col. Non omnis moriar

Esta cosecha que antes estuvo tanto tiempo en barbecho es una cosecha bien recogida, una metáfora de la enajenación del hombre, un álgebra de lo directo, la música de un testimonio, la obediencia que trasciende la intimidad individual que se fusiona con el misterio universal, lo más leve y trivial que abarca lo máximo, la placenta cósmica del ser que desemboca al exterior y reverbera en rabia, en el vértigo de las criaturas. Es una cosecha que se contiene en la magnitud de la intuición hacia el abismo, hacia lo pétreo, la incertidumbre del ser humano hacia el espacio que lo acoge; el drama de ser, que se debate en eterna o aterradora soledad, el tizne de esa «sagrada mortaja» a la que alude Federico Abad en su poemario. Un poeta que está dominado por la duda, por la negación de un orden ideal, un interrogante existencial lanzando ante la nada.

Es una inflexión que gravita sobre obsesiones, sobre el vacío provocado al no encontrar un sentido a la existencia. Los frutos de esta cosecha son escindidos entre la racionalidad y la necesidad de trascendencia, dominan el conflicto forjado en la interioridad del poeta: asumir el paso del tiempo, lo que ha transcurrido y, a la par, la necesidad de trascender la temporalidad mediante la creación lírica de un tiempo detenido, liberado del fluir de esa temporalidad.

Un hombre extranjero en una tierra sin destinos, con una conciencia vencida, que vaga en una dictadura de sombras y lo hace tras abandonar las esperanzas trascendentales y hallar el fracaso de los paraísos materiales.

En estos poemas hallamos los claustros seculares, el vientre de ella, el refugio al abrigo de iracundos, las avenidas consumadas en el milenio, la caída en la noche, las permanencias que nos hacen tapar todos los huecos, la llave que se tiene aunque tenerla no lo abra todo, esa convicción de ser ángel caído, el furor de las noches y los días, debatiendo su dilema a dentelladas, las criaturas seducidas por el monstruo que se les agita por dentro, la dulzura de un padre que vuelve en ceniza a la rabia del hijo, la música -ah, la música...- de la que Federico Abad es el ídola de un parnaso transitado, habitante de una planta dieciséis en la sospecha.

Ese destino, esa condición humana, vivir para la muerte para avivar la conciencia que busca la autenticidad de la vida, y la angustia de vivir, vinculada a la desolada vivencia del tiempo. El diálogo consigo mismo en sábanas de piedra. Este «libro de horas» tiene connotaciones de aquellos otros de la Baja Edad Media, que albergaban necesidades y aspiraciones de sus

dueños, permitían una lectura privada y la contemplación de su contenido. Una muestra de la apropiación laica de los hábitos de los clérigos.

Por eso, Federico Abad traza en este poemario una densa liturgia, un hilo hecho urdimbre de diacronías, la vastedad del descenso, el caos primitivo, una sima interior, la soledad como un exiliado de la morada original.

Encontramos en este conjunto, la afirmación de la Poesía desde las vías negativas de la oscuridad, la noche, el silencio, lo ausente, lo oculto, el enigma, lo no dicho. Encontramos una consistente recuperación de símbolos: el mundo viejo, los corredores, el vómito del pasado..., son los correlatos de la realidad.

La relación de su lenguaje con el mundo, la referencia poética como «referencia desdoblada», la ligazón entre el yo lírico y el alma universal, poesía pues, también, con visión filosófica. Textos contruidos con imágenes que nos golpean por el retorcimiento de sus juegos de correspondencias. Las metáforas de sus poemas aluden a un nivel más esencial, que no básico, del pensamiento, alcanzan la difícil virtud de decirlo todo desde la sencillez, a la que sólo arriba el autor a través de la depuración, una nota predominante en su discurso. Cada verso busca su forma, concentra intensamente distintos planos de significados en el menor espacio posible. Dice lo justo sin que nada sobre ni se vean los andamios del poema.

Una lúcida contención recorre el libro. Un declive en el que el poeta crea previsible, como llegando a un último umbral por el que se asciende, entre la confusión y el deseo de escuchar una música de olvido que rememora sin miedo, que suena como una canción sin héroe tras una larga batalla. Poesía desnuda de fingimientos y de moralinas mostrando la voz de un hombre cansado. Una reacción completamente necesaria ante los despropósitos existenciales reformula la vida sin convencionalismos, centra su mirada en lo desenfocado, en el silencioso y, muchas veces, oculto sufrimiento de los anónimos.

La teoría antropológica de la comunión universal, el espejismo de la feliz inmanencia material. Esa sensación de pérdida, desamparo, desarraigo. Con este su quinto poemario Federico Abad ha logrado conquistar, desde una voz de musical silencio, la estética y la ética de estos tiempos. Invito al lector a recoger esta cosecha, que sin duda alimentará generosamente sus más íntimas indigencias.